

de lisura y de falta de pretensiones, aquella sátira no hería á nadie, nadie se creía personalmente aludido. Raro don, aquí donde la susceptibilidad es tan vidriosa y se ofenden, verbigracia, pueblos enteros porque un diputado cita en las Cortes una copla popular.

* *

Taboada salvó este escollo, y salvó también el del pudor colectivo; sus artículos satíricos eran *blancos*; los leían, entre carcajadas, las niñas solteras, sin alarma de las familias. Salvó igualmente, en tan larga labor de prensa, la limpieza del estilo. Si nadie

escuela y suscitar discípulos. Yo no diré que los imitadores de Taboada formasen una escuela literaria propiamente dicha; esto sería desnaturalizar á Taboada y hasta quitarle el encanto de su fresca espontaneidad. Lo que imitaban de Taboada era el modo de hacer, el ambiente, las figuras; le substraían sus niñas de Ombliguete y de Besuguín, sus suegras-basiliscos, sus farmacéuticos granujientos y feridos de punta de amor, sus esposas dominadoras, terribles, sus diputados estólicos y mudos, sus menegildas, sus guindillas; le cogían asuntos de artículos, frases enteras, amaneramientos suyos, caídas y extravagancias... Lo que no podían era robarle la escoba hecha; coger la totalidad de su modo de ser peculiar, y escribir un solo artículo que con los de Taboada se confundiese. Los tipos eran como de Taboada; las frases, como de Taboada; la retórica, como de Taboada; los asuntos, como de Taboada; hasta las propias dimensiones del artículo, á la medida usual de Taboada..., y he aquí que nadie lo tomaba por *Taboada*, nadie lo celebraba, nadie lo reía... Misteriosa fuerza de la individualidad en pocas cosas tan visible como en el terreno literario.

* *

Debajo de la alegría de la obra de Taboada, existía un poso de tristeza: la tristeza del trabajo obligado, del chiste á hora fija. «¡Alas! ¡Poor Yorick!», diremos siempre con Hamleto, cuando pensemos en las vidas condenadas á remar en las galeras del buen humor.

¡Penosas galeras! Taboada, como todos los mortales, tendría muchas veces más ganas de llorar que de reír. Y también los sentenciados á seriedad preferirían, alguna vez, la dulce risa á la contención forzosa. ¡Un artículo serio de Taboada! ¿Os lo imagináis? No; nadie puede representarse lo que tal artículo sería. Por dentro, á centenares los habrá escrito. Y allí se quedaron, formando el poso de melancolía de aquel espíritu sin acritud y sin doblez.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Dos nombres populares acaban de ser borrados de la lista de los vivos: el satírico Luis Taboada y el compositor maestro Caballero. Leo en la prensa diaria que los dos han muerto pobres. De Luis Taboada me lo explico: como tantos periodistas, su labor diaria alcanzaba remuneración diaria, con la cual cubrirla sus necesidades y sostendría modestamente á los seres queridos; pero de cierto no podría ahorrar tres pesetas. Del maestro Caballero no es tan fácil comprender por qué no dejó un capital. El género al cual se consagraba es sin duda el más lucrativo dentro del terreno artístico, y las numerosas obras del maestro Caballero—baste citar *El diño de la Africana*, *La Marsellesa*, *Gigantes y cabezudos*—son de las que largamente han durado en carteles, de las que mayor número de representaciones obtuvieron. Un periódico, estos días, hablaba de bastantes miles de duros, producto de no recuerdo cuál de estas zarzuelas en corto tiempo. No es hacedero, ni es siquiera delicado, entrar en averiguaciones concernientes á la inversión de lo que un hombre se gana honrada y honrosamente; pero confieso que el morir pobre el maestro Caballero causa triste sorpresa. Y acaso pudiera ser una información inexacta.

* *

A Luis Taboada le *sintió* (no diré que le *lloró*, porque me parece que nadie, en cuanto público, llora á los escritores y á los artistas), le sintió, repito, mucha gente que no se precia de leer, y que á él le leía. Luis Taboada fué la demostración de que, actualmente, los lectores piden que se les enseñe en un espejo su propia cara, aunque el espejo sea de estos que la ensanchan ó la estiran, deformándola de un modo cómico. La clase media, caricaturizada por el amercísimo escritor, se reconocía, sin embargo, al través de los rasgos humorísticos de la caricatura, y no perdía artículo de la sección *En broma* de *El Imparcial*, ni de los que desparramaba en otros diarios y semanarios la fecunda y ágil pluma de Taboada. Cada lector podía, mirando alrededor suyo, encontrar los tipos taboadescos, el modo de vivir, de pensar, de divertirse, de enamorarse, de hacer política, de hacer arte, de viajar, de vestirse, de comer y hasta de dormir de sus amigos y congéneres; con algo de sagacidad crítica, podría descubrir también, en la surtida galería de tipos y figuras grotescas, la suya, su fotografía achaparrada y risible; pero (en esto consistió el privilegio, la habilidad de Taboada) á fuerza de *bonhomie*, de sencillez,

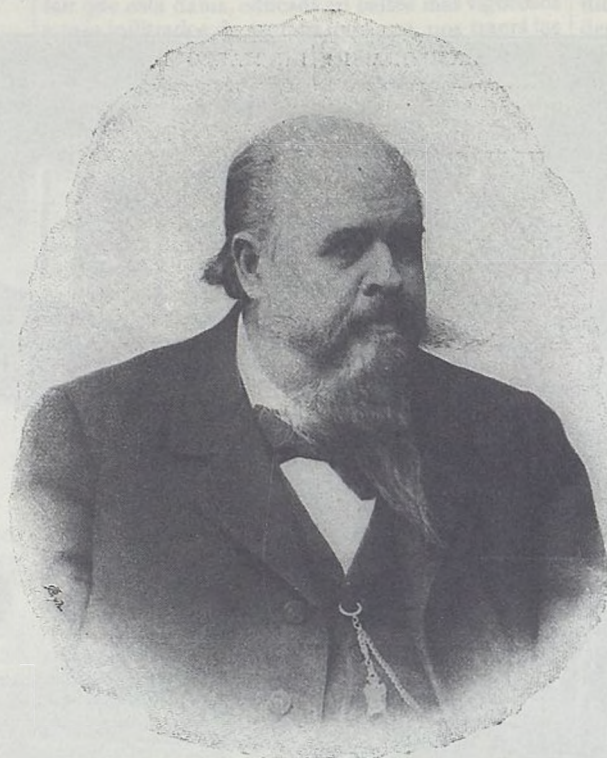
menos que Taboada aspiró al dictado de *estilista*, nadie tampoco le ganó á respetar la lengua castellana, sirviéndose de ella sin violentarla, con agradable fluidez. Las locuciones viciosas que pone en boca de sus personajes son otra forma de sátira, la sátira de lo mal que se habla, de los barbarismos, solecismos y vulgarismos que se cometen. No es este de la sátira del lenguaje usual el aspecto menos curioso de la obra de Luis Taboada.

* *

A la vuelta de algunos años no creo que siga teniendo asiduos lectores Luis Taboada, justamente por lo actual y contemporáneo de su pintura de las costumbres. La clase media, la sociedad toda, cambiarán al correr del tiempo; y Taboada, como Villegas, como Paul de Koch, será el testimonio de un período histórico que ya no interesa, con vivo interés presente, á los de otra generación. Y además, nada envejece tan aprisa como lo que hace reír... Debiera escribirse una fisiología del chiste, un estudio médico-literario, en el cual creo yo que se anotarían observaciones profundas: la de la caducidad de lo alegre sería la primera. Los literatos aún nos reímos á solas, á imitación del loco de la buhardilla, con chistes del *Quijote* y con chistes del teatro antiguo: el público ya no; ni que le hagan cosquillas se ríe de lo que dice un autor que no le habla de lo que le ha sucedido ayer ó va á sucederle mañana mismo. Donde se ve esto patente es en el teatro. Sacad á plaza una obra que hizo desternillarse de risa, no á nuestros abuelos ni á nuestros padres, á nosotros, hace veinte años, menos quizás. Los donaires caerán en el vacío, las ocurrencias serán pólvora mojada; y gracias si no os enoja lo que antes os entretuvo deliciosamente. ¿Quién ha cambiado? ¿El autor? ¿Vosotros? ¿El tiempo? Todo, todo... El agua ha corrido por el cauce, el sol ha cruzado por la puerta...

* *

Taboada, que era realmente modesto y sólo aspiraba á ganarse el pan, que no tenía vanidades ni engrimamientos, logró, sin embargo, lo que hoy no logran tan aína los que pican más alto: logró hacer



D. MANUEL FERNÁNDEZ CABALLERO,
fallecido en Madrid en 26 de febrero último.